



revista
**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

ISSN: 0120-2367

Fundador:
Alfonso Mora Naranjo
Rector:
Alberto Uribe Correa
Vicerrector general:
John Jáiro Arboleda
Secretario general:
Luquegi Gil Neira

Director:
Elkin Restrepo
Asistente de dirección:
Janeth Posada Franco
Diseñadora:
Luisa Santa
Auxiliar administrativa:
Ana Fernanda Durango Burgos
Corrector:
Diego García Sierra
Comité editorial:
Jairo Alarcón, Carlos Arturo Fernández,
Patricia Nieto, Juan Carlos Orrego,
César Ospina, Margarita Gaviria,
Luz María Restrepo, Alonso
Sepúlveda, Nora Eugenia Restrepo,
Carlos Vásquez.

Impresión: Imprenta Universidad
de Antioquia, Medellín, Colombia
Correspondencia y suscripciones:
Departamento de Publicaciones,
Universidad de Antioquia
Bloque 28, oficina 233,
Ciudad Universitaria
Calle 67 N.º 53-108
Apartado 1226, Medellín, Colombia
Tel.: (574) 219 50 10, 219 50 14
Fax: (574) 219 50 12
revudea@quimbaya.udea.edu.co

Página web:
www.udea.edu.co/revistaudea
Versión digital
www.latam-studies.com
<http://oceanodigital.oceano.com/>
Publicación indexada en: MLA,
Ulrich's, CLASE
Canje: Sistema de Bibliotecas,
Universidad de Antioquia
Bloque 8, Ciudad Universitaria
E-mail: canjebc@caribe.udea.edu.co
Licencia del Ministerio de Gobierno
N.º 00238

La Revista Universidad de Antioquia no se hace responsable de los conceptos y opiniones emitidos en los artículos, los cuales son responsabilidad exclusiva de los autores.

minúsculas



A la medida

PALOMA PÉREZ SASTRE

*Pleno de existencia
para la intimidad y sus ritos...
Fernando Arrabal, Clitoris*

El año pasado, por esta época, escribí una *minúscula* sobre la ablación de clítoris y otras castraciones simbólicas. Hoy vuelvo sobre el tema, impulsada por la historia que hace poco le oí a una terapeuta conocida:

La paciente era una mujer joven. Llegó remitida por un médico para que le hiciera drenaje linfático por molestias en el abdomen después de varias cirugías estéticas: senos, nariz, labios, abdomen, nalgas y "vulvoplastia". A su compañero, o sea, su apoderado o su... ni sé cómo llamarlo: el proveedor de sus gastos, le gustaba verle el clítoris cuando estaba desnuda, y le hizo recortar los labios vaginales. Las molestias después de la cirugía eran una tortura por el roce con todo: la ropa interior y la ropa tan pegada que usa. Hablar de esto es como hablar de las mujeres de la mafia y todos los días se ven esas cosas...

Esa forma tan extravagante de “plastia” —como si las otras no lo fueran— le faltaba a mi repertorio. El relato me produjo rechazo e indignación, pero también, y extrañamente, piedad frente al padecimiento de esa mujer atormentada. Usar la cirugía para solucionar un problema funcional, reconstruir un daño o corregir un defecto físico es una forma loable del alivio y la cura; pero rediseñar un cuerpo con parámetros raciales ajenos, con el fin de borrar los rastros indígenas o negroides, es algo que lesiona la identidad y la cultura. Otro asunto es castrar, porque significa degradación y despojo —de la dignidad, en primer lugar—. Una vez reducida, la presa queda a merced de su dueño.

Ellas lo hacen gustosas e inconscientes, hipnotizadas por la fantasía del estereotipo reforzado por los medios: la modelo más “bella”, la más deseada por todos. Ser como ella a cualquier precio. En una sala de espera oí hablar a una mujer, muy ufana, sobre su fascinación por estar en una mesa de cirugía recibiendo anestesia; decía que no veía la hora de volverlo a hacer. Como ella hay en Colombia infinidad de rubias postizas de pelo planchado, forradas en cebra, culebra, leopardo o cocodrilo; hembras en serie que, si no fuera por la huella digital, podrían prestarse los documentos de identificación unas a otras para suplantarse en bancos o aeropuertos.

A esas hiper mujeres las vemos a diario montadas en camionetas, desempeñando el mismo papel de la camioneta: adornarlo a él. “A los hombres les gusta una mujer cuando les

resulta divertida y, cuando les gusta, la sacan de paseo y así va la cosa”, dice Dorothy Parker en *Una rubia imponente*. Con tal de resultar divertidas, se quitan o se ponen lo que sea en el cuerpo o en el alma. Y lo hacen por amor —qué va uno a saber—, por debilidad, por dinero o por amor al dinero. Atrapadas en el consumo, no se dan cuenta de que la mercancía son ellas mismas y de que lo consumido, incluidas las cirugías, no es más que la materia prima para la autofabricación de un producto “bello”, un objeto que él posee, modifica, abusa y luego descarta. Pero los desechos envejecen mal, y, como Hazel Morse, la rubia de Parker, perdidas en adicciones, delirios, manías, depresiones.

Sé que mis palabras son duras y que podrían usarse para demostrar cuánto competimos y nos odiamos las mujeres; pero aunque me siento incómodo e incapaz de mirar a la cara a quien se cubre con una máscara, no es a ellas a quienes dirijo mi enojo. Sino hacia aquello que valida y tolera tantas formas de agresión; a veces hasta con argumentos de la “cultura”.

Al menos para las de mi edad, es inevitable asociar los genitales femeninos en su conjunto con palabras como capullo, nido y cueva y, sobre todo, con la metáfora floral que compara los labios con los pétalos, cuya función es proteger el órgano más delicado, el pistilo. Cortar los labios para descubrir el clítoris significa despojar a su dueña de aquello que resguarda y cuida lo más íntimo: desnudar más allá del desnudo. Obsceno. Ella queda inerme, sin piel, al servicio

de una pulsión que no se detiene en la integridad del otro, y castrada para siempre. Perdido el placer, la única función del órgano diminuto, garantizado el sufrimiento. Esta será la marca de posesión del dueño, la misma del hierro de su ganado.

Es ofensivo, pero viéndolo bien, nada que disuene con la soberbia que campea en un país donde escasea el aprecio por la vida. Él será la envidia de todos: posee una mujer a la medida de su deseo. Me falta un dato: fue una mujer quien practicó la cirugía. ■

sastreperez@gmail.com
Profesora de la Universidad
de Antioquia



Muertes cotidianas

ANDRÉS GARCÍA LONDOÑO

Una de las consecuencias de vivir entre los trópicos es que la naturaleza nos brinda una imagen donde la muerte está mucho más ausente que en otras partes del planeta. La vida parece la condición dominante del paisaje, natural, casi eterna. No importa el día cuando salgamos a caminar,

veremos más o menos las mismas plantas, con pequeñas variaciones de color, con nuevas flores, que no generan más cambios en nuestra apreciación del paisaje que los que generaría un cambio ocasional de maquillaje de la misma y bella mujer. No hay sensación de cambio mayor, ni sensación de muerte a menos que un agente externo modifique los elementos del paisaje, bien sea el hacha de un leñador, la pala mecánica de la oficina de planificación urbana, o un bosque que es segado para construir un andén o una nueva autopista. En ese sentido, y al menos en relación con el paisaje, solo con violencia se puede morir en los trópicos.

Fuera de los trópicos, la realidad es distinta. El invierno representa la muerte de gran parte de todo lo vivo. Y lo que no se muere se apaga, hasta el día mismo, que se reduce por meses a seis horas de un sol que no calienta, mientras que la noche lo domina casi todo. Pero incluso durante la primavera esa muerte anual está presente. Al salir a caminar en abril por las calles de cualquier ciudad del hemisferio Norte se ven muchas flores, muchas plantas, pero se sabe también que no son las mismas que estaban antes: esas bellas rosas que tanto nos deleitaron el año pasado murieron ya hace meses, tal como estas nuevas cuyo aroma respiramos morirán antes de un año. Han sido cultivadas, vendidas y plantadas con una sola función: sobrevivir por algunos meses como adorno en una acera antes de que el invierno acabe con ellas.

Ahora, ¿qué cambios puede generar en la psique esa conciencia de que nada de lo que se ve es eterno? En este caso, antes que perderme en laberintos sociológicos que hablen del consumo de bienes y cosas como ejemplo de las consecuencias de la certeza de lo temporal en toda vida natural, prefiero recordar que el estado natural del ser humano es la inconciencia de la propia muerte, aunque la sepa como un dato. Es decir, sabemos que un día ocurrirá, porque todos los seres humanos mueren y nos sabemos humanos, pero lo sabemos como un dato más, tal como aprendimos en la escuela y luego olvidamos la fecha de una batalla de hace dos siglos que en poco nos afecta. No es una sensación consciente, vívida, como sí lo son comprender que uno se ha enamorado o que se tiene hambre. O lo que es lo mismo, es un saber racional, en lugar de un saber consciente. Y un gran ejemplo de esa inconciencia natural es que podemos ignorar por completo las muertes cotidianas dentro de nuestro propio cuerpo. Nuestras células están programadas para morir dentro de un periodo específico, que varía según su función. Y esa muerte nos habita —y nos cubre—, ¿pero reflexionar sobre ello cambiará algo de nuestra percepción?... Hagamos la prueba.

El término apoptosis se refiere a las células que cada día mueren simplemente porque así está escrito en su “programa” genético, mientras que el término necrosis se refiere a las células que mueren porque un agente externo ha dañado el tejido.

Cada día, entre 50 y 70 mil millones de células mueren en el cuerpo de un adulto, mientras que en el de un niño de 8 años “sólo” mueren entre 20 y 40 mil millones de células. Ese programa de “muertes planificadas” es importante para que el cuerpo pueda deshacerse de las células que se van dañando y así evitar el cáncer, entre otros males, o para permitir que los órganos se desarrollen de forma correcta (por ejemplo, sin un proceso apoptótico, los dedos no conseguirían separarse en un embrión). Además, ciertas células, como las de la sangre y las de la piel, deben renovarse completamente en períodos cíclicos. Las células rojas de la sangre sobreviven entre 100 y 120 días antes de “envejecer” y de que el cuerpo recicle sus componentes. Las células de la epidermis son aún más notorias: en un adulto viven alrededor de 50 días y son desplazadas por las que se han creado bajo ellas, en un proceso en el que a cada célula le toma alrededor de un mes alcanzar la superficie. Pero lo más interesante es que las células de la capa más externa de la piel *ya están muertas*, precisamente porque su intención es la de ser un escudo que proteja al cuerpo. Cada año, un ser humano promedio produce cerca de cuatro kilos de células de piel muerta, que va dejando caer al piso o bota por el desagüe de la ducha y que, obviamente, compone gran parte del polvo que hay que limpiar en cualquier casa.

Ahora, ¿saber los anteriores datos nos cambiará en algo? Podemos saber de la muerte cotidiana de nuestras células, pero

eso no afectará nuestra vida cotidiana, más allá de que quizá miremos con otros ojos el polvo acumulado en nuestro hogar. Y sin embargo, la contemplación del paisaje sí puede generar toda una serie de reflexiones en quien lo experimenta, algo de lo cual este artículo mismo es una prueba. Esto no solo es una muestra de nuestra naturaleza visual sino también de la escala en que nos ubicamos en el mundo: aquello que consideramos que está en nuestra misma escala nos afecta más que aquello que sucede a un nivel microscópico o macroscópico, como las estrellas. Si el sol fuera humano se encontraría en la treintena, poco antes de llegar a la mitad de su posible esperanza de vida, pues si no sucede nada inesperado, un día no demasiado lejano en una escala cósmica, más o menos dentro de seis mil millones de años, el sol mismo morirá. ¿A quién miraría él si tuviera conciencia? Quién sabe, así como quién sabe a quién mirarían nuestras células. Lo que sí es seguro es que de tener ojos o conciencia el sol miraría a alguien, a quien fuera, átomo, flor o nebulosa, para no sentirse solo o sin sentido, sino parte integral del gran ciclo... Y luego de mirar, olvidaría, para poder brillar un día más. ■

agarlon@hotmail.com



Un paraíso blanco

IGNACIO PIEDRAHÍTA

Hace cien años, un empresario ferroviario de apellido Mackenzie se propuso explorar los territorios del noreste de Canadá. Pretendía no solo establecer allí nuevas rutas comerciales para sus trenes, sino además fundar minas en posibles yacimientos de hierro. Con ese fin buscó un geólogo que se internara en aquellas tierras gélidas, y dio con un joven norteamericano recién graduado llamado Robert Flaherty. Una década después, este último no sería ya el ingeniero que empezaba una carrera en la prospección de minerales, sino el célebre director de la película *Nanuk, el esquimal*, uno de los hitos más importantes de la historia del cine documental.

El cambio en el destino de Flaherty estuvo marcado por las costumbres de los pueblos nativos. A medida que cartografiaba la zona, hizo amigos entre los esquimales y recogió sus historias, pensando que luego esas notas podrían convertirse en una novela. Flaherty estaba recién casado con una escritora, y en su tiempo libre se

interesaba más en las letras que en el cine. La motivación, sin embargo, seguían siendo los pobladores Inuit. Le parecía que su lucha por sobrevivir mostraba una poética combinación de la rudeza salvaje del hombre hijo de la naturaleza y la nobleza propia del ser humano. Cuando Mackenzie observó el gran interés que estas gentes le suscitaban a su ingeniero, le sugirió que se llevara una cámara de cine y plasmara sus impresiones con esta nueva técnica.

Flaherty le hizo caso y se compró una pequeña cámara portátil, y esta vez se marchó a una expedición que ya no tenía como objeto las minas de hierro sino las costumbres primitivas de aquel paraíso blanco. Por primera vez no regresaba con muestras de minerales en sus manos, sino con 30 mil pies de película listos para revelar. Lo que ocurrió en la sala de edición en Toronto es una de esas anécdotas que parecen inventadas para mayor grandeza de sus protagonistas: una colilla de cigarrillo cayó sobre los negativos y los consumió en cuestión de segundos. La copia final, sin embargo, sobrevivió, pero Flaherty no estaba contento. Decía que las secuencias filmadas no conseguían contar una historia que pudiera entusiasmar al público.

El joven director, en vez de renunciar a un cine que hacía intuitivamente y regresar a la certeza de su ingeniería de minas, consiguió financiación de una empresa francesa de pieles y partió de nuevo para los territorios Inuit, con el fin de filmar otra vez todo lo que ya había filmado. En esta ocasión, como

estrategia, decidió seguir a una familia de esquimales en su cotidianidad, hasta que tuviera suficiente material de calidad para montar una buena historia. Se llevó consigo dos cámaras profesionales, además de un equipo de revelado y otro de proyección, para ir mirando lo que rodaba y mostrárselo a los actores naturales durante el proceso.

En este nuevo guión, el protagonista se llamaría Nanuk, y el pequeño círculo familiar que viajaba con él serían los actores secundarios. El antagonista no podía ser sino uno, la agreste naturaleza de la helada tundra. Con el fin de hacer más interesante el drama de Nanuk, Flaherty hizo *casting* y usó la puesta en escena en ciertos pasajes. Por ejemplo, hay un momento en el que Nanuk y su familia se arriesgan a morir si no encuentran donde pasar la noche y, por fortuna, hallan un iglú abandonado que los salva de la tragedia. Dicho iglú, además de haber sido puesto allí para dichos fines dramáticos, estaba además cortado por la mitad, de manera que la cámara pudiera filmar como si estuviera en su interior.

Aun así, con puestas en escena y secuencias actuadas, la gran lucha de Nanuk por sobrevivir cautiva al público de una manera que genera a la vez admiración y ternura. El frío permanente, la búsqueda continua de comida y los pocos recursos que el nativo tiene a su alrededor constituyen la forma más pura y original de las relaciones del hombre y la naturaleza. Basta ver a Nanuk muerto de risa después de pasar por las

más duras pruebas contra bestias de hielo y de mar, para que el espectador sienta que aún duerme en el ser humano un hombre de otro tiempo, capaz de vencer la fuerza de los elementos. No en vano, Flaherty se niega a que Nanuk use un rifle para matar al oso o a la morsa, aun cuando esa herramienta ya se había introducido en las costumbres locales.

Suena paradójico, pero después de esa primera versión basada en una mera exposición de acciones cotidianas sin hilo ni trama, era el romanticismo de Flaherty el ingrediente que necesitaba su película. Agregando drama a sus imágenes documentales, el material no dejaba de ser verdadero, sino que se convertía en una manera más poderosa de narrar lo real. Sin embargo, no se trataba de cualquier asunto dramático, sino del problema único y más profundo de la existencia, la lucha por sobrevivir que siempre cautivó al autor y que lo acompañaría en sus mejores películas. Con *Nanuk*, Flaherty le mostraba al mundo que, más allá de todas las luchas del hombre civilizado, solo la que lo enfrenta a la fuerza de la naturaleza es la que puede mostrar su verdadera medida. ■

agromena@gmail.com



Como un trotskismo neurótico en cómic

ÁLVARO VÉLEZ

Ernán Cirianni es ya de por sí un ser humano complejo, que posee múltiples identidades nacionales: una argentina, por nacimiento y por estar viviendo en Argentina, ahora, en su etapa de adultez; una mexicana porque sus padres, antiguos militantes del movimiento revolucionario Montoneros, tuvieron que migrar en la década de los setenta a ese país, y, finalmente, una europea (para más señas italiana), gracias a sus antepasados que migraron a Argentina; aunque, siendo más o menos honesto, el europeo en Ernán Cirianni se le nota más bien poco, escondido entre ese acento de crianza mexicano y su recuperado dejo porteño.

Este caleidoscopio que es Ernán Cirianni cuenta con otros espejos, como que es trotskista acérrimo, defensor de las causas revolucionarias a favor de la pronta llegada al poder del proletariado, presente siempre en los mítines de los diferentes movimientos de izquierda en Argentina y crítico acérrimo de la oposición de centro y, por supuesto, de derecha (más aún,

llega a tener la autoridad moral, que su trotskismo parece darle, para criticar a “apáticos” e “indiferentes” a la causa como, según él, los anarquistas).

Tiene un hijo, está divorciado, parece estar medicado, es barrigón, bajito, feo y, para colmo de males, es hincha de Huracán, un equipo que en la liga de fútbol de Argentina parece más bien un vientecito de costado, un poco molesto pero inofensivo.

Todo esto, y mucho más, conozco de Ernán Cirianni porque he leído sus libros: *Grosso mal* (Editorial Loco Rabia, Buenos Aires, 2009) y *Algo imposible* (Ediciones Noviembre, Buenos Aires, 2012), porque le he seguido la pista por algunos años en revistas latinoamericanas de cómics y en su propia publicación: *Cábula*, que reúne algunas de sus historietas con las de otros autores latinoamericanos e, incluso, del orden mundial. Además por su blog de cómics: decomomehicericoyfamoso.blogspot.com.

A pesar de tantos matices que posee nuestro autor, que, valga la pena decir de una vez, es también su personaje en historietas (por lo menos así lo he podido entender yo como lector), Cirianni parece tener una vida miserable. En *Algo imposible*, que es una larga y divertida charla entre dos personajes (uno de ellos es Ernán, por supuesto) acerca de un montón de temas que pasan por la medicación con pastillas, poder tener por fin sexo, hacer o no ejercicio físico, las posibles visitas al sicólogo (¿o será siquiatra?), el instinto, el animal salvaje, etc., Ernán Cirianni nos devela que es un tipo normal:

Tipos normales que casi llegan a los 40, divorciados, con un hijo, que viven en lo de su madre, que tienen un trabajo sin futuro, que toman pastillas para dormir y toman pastillas para comenzar el día feliz.

Ese es nuestro hombre, un tipo “normal”, que dibuja con un desparpajo enorme, en una soltura de mano que da envidia por la forma como va construyendo la narración en el cómic y por la velocidad con que lo hace. Así es su historieta, el asunto estético aumenta la neurosis latente en los personajes y lo que van contando. Esos “muñequitos” que dibuja Cirianni parecen temblar de autocompasión cuando comentan su falta de amor, de sexo, de fama y fortuna, la miserable vida del *outsider*. Pero también palpitan de rabia cuando son poseídos por esa conciencia de clase, cuando hay que defender al proletariado, cuando es necesario derrocar a los tiranos y déspotas que gobiernan en todas las naciones de este mundo injusto.

Eso sí, el lector siempre tendrá algo divertido cuando lea sus historietas. De la miserable vida pasa a las justificaciones más insólitas, a veces ayudado por teóricos de la política, el arte, la ciencia, el psicoanálisis, por las citas de la literatura, la poesía o la filosofía. Un brebaje en cómic que da aliento al lector pero, sobre todo, da sonrisas y, en muchos casos, carcajadas (algo impagable en este mundo muchas veces triste, apático y mediocre).

Es un dibujo poco usual el de Cirianni y, más interesante aún,

poco ceremonioso. Mientras unos dibujantes miedosos usan reglas y compás, limpian la hoja constantemente, borran con cuidado y hasta “peinan” el trazo, Ernán Cirianni es capaz de dibujar sobre cualquier papel arrugado y con el lapicero que esté más cerca de su mano. Eso siempre será gratificante que suceda en el mundo de la historieta: autores que bajen del pedestal esa narración con dibujos y la pongan en su verdadero sitio, en el sitio que le pertenece, al nivel de un tipo normal. ■

truchafrita@hotmail.com



Esta vida

LUIS FERNANDO MEJÍA

*Vengo de no sé dónde,
Soy no sé quién,
Muero no sé cuándo,
Voy a no sé dónde,
Me asombro de estar tan alegre.*
Martinus von Biberach

“Sólo se vive una vez” es una sentencia que todos hemos escuchado de quienes incitan al aprovechamiento óptimo del tiempo y de las circunstancias. Sin embargo, está probado que los gatos poseen siete vidas, y los creyentes budistas e

hinduistas, por ejemplo, están convencidos de que luego de la muerte de una persona el espíritu abandona su cuerpo y se encarna en otro, naciendo nuevamente, de manera cíclica. Se habla, entonces, de la reencarnación, fenómeno que equivale a decir que los seres humanos gozan o padecen infinitas vidas.

Que los gatos sigan con sus siete vidas no nos afecta, pues no somos gatos. Es un asunto que debe preocupar a los roedores. Pero que hayamos tenido otras vidas y que como personas nos aseguren ilimitadas vidas sí debe llamar la atención, pues de ser cierto se evitarían muchos afanes presentes para cualquier proyecto, pues para ello ya habrá una eternidad.

Jorge Luis Borges deja la duda cuando medita en voz alta: “Puede ser que haya otra vida, por qué no. Que uno, después de todo lo que tuvo que pasar, en vez de descansar, vuelva a nacer y siga viviendo. Aunque no sé si es una ilusión recomendable”. Y otro argentino conocido por su seriedad, Roberto Fontanarrosa, advertía sobre las consecuencias de aceptar la reencarnación, cuando sostenía que “si crees en la reencarnación, no te rías de la fealdad del sapo”. Transcendental o juguetona, la discusión sobre el tema nunca se cierra, aun para aquellos a quienes no los desampara la fobia al futuro.

Se estaría a favor de la teoría de la reencarnación si los bípedos humanos al nacer no se comportaran, todos, como novatos, exploradores de un mundo desconocido. No nacen unos más veteranos que otros.

Nadie nace con mil años de experiencia acumulada y otros con cien años de base y otros con quinientos años ya vividos, por decir algo. Por esto no hay guarderías para niños sin experiencia, para párvulos con poca experiencia y para infantes con muchos mundos trajinados. No, las guarderías albergan niños con cero pasados personales, sociales y judiciales. A los recién nacidos no se les ven los años aunque se miren con una lupa gigante. Si acaso, se reconocen en su rostro algunas señales de preocupación.

Por eso no se oye decir que ayer nació un fulanita con mucha, mediana o ninguna sabiduría. Nadie parece haber acumulado destrezas para otra u otras vidas. Si ello fuera así, el ser humano se ahorraría cuantiosas dificultades en su existencia pues aprendería de su pasado. Sería, entonces, maravilloso tratar con seres que han disfrutado o sufrido cien vidas, individuos que se saben casi todas las respuestas a todas las preguntas, seres capaces de anticiparse a los percances o personas, sin estridencias, azezadas en la ponderación de los fenómenos humanos.

No obstante, el escepticismo sobre la idea de la reencarnación, en caso de ser cierta, sería bienvenido para exigirle a cualquiera que aspire a ser dirigente, no la hoja de vida sino todas las hojas de vida a su haber, en las cuales se pueda descubrir, más que sus antecedentes laborales, los pasos andados en otras culturas que lo califiquen como un individuo comprensivo con la diversidad. Igualmente,

se podrían encontrar registradas las acciones solidarias frente a las acciones mezquinas en su interacción con sus semejantes, lo cual permitiría entregar buenas calificaciones a las personas que en sus últimas reencarnaciones puedan demostrar más actos generosos que egoístas, pues podría ser síntoma de una tendencia a mejorar como persona.

Por supuesto, revisar hojas de vida de miles de años es una tarea dispendiosa que podría aliviarse con un buen programa computacional con un antivirus que lo blinde absolutamente de los fisgones servicios de inteligencia, que estarían muy preocupados por las más diversas prácticas, como saber si fulano fumó marihuana cuando estaba chiquito, si zutano fue homosexual en alguna época, o si mengano en cierto momento apoyó la despenalización del aborto. Mirada especial tendrían los que alguna vez dispararon flechas y ya viejos seguían siendo escuchados, pues ahí podría haber un germen terrorista.

Si se logra avanzar en el concepto de la reencarnación con evidencias probatorias, perfectamente documentadas por expertos, la primera acción estaría encaminada a investigar el pasado de los individuos responsables de su demostración científica, porque si en otras vidas fueron señalados como estafadores, sus certezas se desplomarían y todo quedaría reducido a un atractivo malabar mágico, que por supuesto también tiene su valor.

Tantas disquisiciones sobre la reencarnación pueden finalizar cuando se escucha con cuidado

a Woody Allen: “sólo se vive una vez, pero una vez es más que suficiente si se hace bien”. Aunque puede sobrar la expresión “si se hace bien”. ■

lfmejia@udea.edu.co



El Mutis que yo leí

LUIS FERNANDO AFANADOR

Humberto Villa me habló por primera vez de Álvaro Mutis y, antes de perderse en la bruma de la delincuencia, me regaló *Summa de Maqroll El Gaviero*, en la edición de Seix Barral, de carátula azul, preciosa, con prólogo de Juan Gustavo Cobo Borda, que aún conservo. Era el final de la década de los setenta. No sé cuántas veces leí y releí ese libro. Lo cargaba en la mochila. Lo quería comentar con todo el que se me atravesaba. “¡Oh Señor! recibe las preces de este avizor suplicante y concédele la gracia de morir envuelto en el polvo de las ciudades, recostado en las graderías de una casa infame e iluminado por todas las estrellas del firmamento”. Yo también quería morir así. O, al menos, salir de “la furiosa

adolescencia” de la cual se hablaba en otro poema.

Pero no fue solo que esa poesía se acomodara como anillo al dedo a mi desesperanza juvenil. Había algo más que poco a poco iba comprendiendo: “Esta noche ha vuelto la lluvia sobre los cafetales. /Sobre las hojas de plátano, /sobre las altas ramas de los cámbulos, / ha vuelto a llover esta noche un agua persistente y vastísima/ que crece las acequias y comienza a henchir los ríos/ que gimen con su nocturna carga de lodos vegetales. /La lluvia sobre el zinc de los tejados / canta su presencia y me aleja del sueño /hasta dejarme en un crecer de las aguas sin sosiego, / en la noche fresquísima que chorrorea /por entre la bóveda de los cafetos /y escurre por el enfermo tronco de los balsos gigantes”. La lluvia de ese nocturno me devolvía inmediatamente a Altamira, la finca cafetera de mi padre. A un pasado que estaba en mí y el cual yo no creía que tuviera un valor literario. Mis cafetales, mis paseos al salto, mis primas, también eran un paraíso. La poesía de Mutis fue mi “magdalena” en una época en la que, por cierto, había empezado a leer a Proust sin entenderlo.

En 1981, la Biblioteca Básica de Colcultura publicó *Poesía y prosa* de Álvaro Mutis, una edición a cargo de su hijo Santiago. Allí leí “La muerte del estratega”, ese bello relato que cuenta una historia de amor en los últimos días de la caída de Bizancio; “Diario de Lecumberri”, el testimonio de su estancia en prisión —para algunos su mejor obra— y “La desesperanza”, una conferencia

que había dado en la Casa del Lago, en la UNAM, en 1965, y que resume su visión de mundo. Tal vez no es una propuesta novedosa: lo que hace allí Mutis es adherirse a la “filosofía” de Conrad y de Pessoa. Sin embargo, es mucho lo que le debo a ese texto: me ayudó a superar en forma definitiva una culpable simpatía que entonces tenía por cierta izquierda radical. “Pero lo que define su condición sobre la tierra es el rechazo a toda esperanza más allá de los más breves límites de los sentidos, de las más leves conquistas del espíritu”.

Ese mismo año —había empezado a trabajar como librero en la librería Nacional— descubrí jubiloso a *Caravansary*, editado por el Fondo de Cultura Económica. Allí, en un breve texto titulado “La nieve del Almirante”, me encontré con la primera semblanza de Maqroll El Gaviero: “Una tabla de madera, sobre la entrada, tenía el nombre del lugar en letras rojas, ya desteñidas: ‘La nieve del Almirante’. Al tendero se le conocía como El Gaviero y se ignoraba por completo su origen y su pasado. La barba hirsuta y entrecana le cubría buena parte del rostro. Caminaba apoyado en una muleta improvisada con tallos rojos de bambú. En la pierna derecha le supuraba continuamente una llaga fétida irisada, de la que nunca hacía caso”. Hay otros textos claves sobre El Gaviero —“En los esteros” y “Cocora”— pero *Caravansary* es fundamentalmente un libro de encuentros con la muerte —y por eso mismo altamente erótico—,

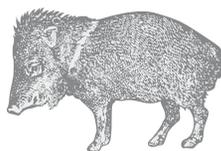
de grandes personajes como Pushkin y un Príncipe-Elector, y también de voces marginales de la historia, como aquel capitán tercero de lanceros de la Guardia Imperial: “Antes que el vidrio azul de la agonía invada mis arterias y confunda mis palabras, quiero confesar aquí mi amor, mi desordenado, secreto, inmenso, delicioso, ebrio amor por la condesa Krystina Krasinska, mi hermana. Que Dios me perdone las arduas vigili-
 as de fiebre y deseo que pasé por ella, durante nuestro último verano en la casa de campo de nuestros padres en Katowicze. En todo instante he sabido guardar silencio. Ojalá se me tenga en cuenta en breve, cuando comparezca ante la Presencia Ineluctable. ¡Y pensar que ella rezará por mi alma al lado de su esposa y de sus hijos!”.

En 1984 apareció *Los emisarios*, un libro de poesía en el que no obstante se incluyen otros dos textos sobre Maqroll —“La visita del Gaviero” y “En el cañón del Aracuariare”, que completaban y justificaban su existencia como personaje literario. Pero no, lo que para mí era el fin, para Mutis fue el comienzo de una larga saga de siete novelas en las que —eso sigo creyendo— lo único que pasó fue que Maqroll perdiera su misterio y su intensidad lírica. Hizo más viajes, se volvió famoso, tuvo más lectores, pero se frivolizó bastante. Hasta el punto de convertirse en una parodia de sí mismo. Recuerdo que una alumna de la Universidad Javeriana, en donde daba un curso sobre Mutis, escribió como trabajo de

clase un delicioso pastiche de Maqroll trotamundos y sibarita. No tuve más remedio que reírme y darle un 5. En “La nieve del Almirante”, el texto breve, ya está incluida la novela que vino después. En “Cocora”, ya está *Amirbar*. ¿Para qué haber prolongado inútilmente lo que ya era un logro? No veo diferencias entre el Mutis poeta y el Mutis prosista pero sí entre el Mutis antes y después de la saga “novelística”.

En 1989, Álvaro Mutis dio una charla en la Biblioteca Nacional. Era la primera vez que lo veía. Había poco público, pero ya se sentía su fama creciente, ya sabíamos que el escritor de culto tenía sus días contados. Al final, me acerqué a saludarlo. Comprobé su generosidad, su simpatía. Me dijo algo sobre *La última escala del Tramp Steamer* que acababa de salir —lo guardaré como un tesoro— y me firmó aquella vieja edición de *Summa de Maqroll El Gaviero* con la siguiente dedicatoria: “Para Luis Fernando, atento testigo”. Con esa imagen prefiero quedarme. **U**

lfafanador@etb.net.co



Novedades



Las hojas breves
 Acerca de Fernando Pessoa
 Carlos Vásquez
 Universidad de Antioquia
 Siglo del Hombre Editores
 Medellín, 2013
 176 p.

REVISTA
 UNIVERSIDAD
 DE ANTIOQUIA

 /revistaudea

 @revistaudea

www.udea.edu.co/
 revistaudea

